

# SER O NO SER: POSITIVO-NEGATIVO EN EL IDIOMA

**Prof. Bruno Manara\***

**ITER**

## **Abstract**

This article analyzes two main methods of common language that can help us expressing opposite ideas. The first method deals with the creation of new words (love-hatred), and the second method focuses on building up antonymous words by means of a negative prefix (right, un-right). This study is focused in a diachronic perspective of looking at the origins of several Spanish forms in Latin and Greek Languages. This will help us to know better our own language and its usage in ordinary forms and expressions.

---

\*Prof. **Bruno Manara**, graduado como profesor de Castellano, Literatura y Latín en el Instituto Pedagógico de Caracas (1967), y licenciado en Letras, con mención en Latín Superior, por la Universidad Central de Venezuela (1973). Ha ejercido como profesor de gramática castellana en el Instituto Venezolano de la Audición y Lenguaje (IVAL) entre 1973-80. Lleva a su cargo la enseñanza de Griego Bíblico en el ITER desde el año 1993; y la de Idioma Clásico (Latín) en este mismo instituto, desde el año 2001. Profesor de Latín para Botánicos en el Postgrado de Agronomía (UCV-Maracay), desde 1997 y autor de un texto de *Latín y Griego Básicos para Botánicos* (Fund. Plnchart, 1995). Incursionó en la investigación de la literatura oral popular a través de la hoy desaparecida Federación Nacional de la Cultura Popular, FENACUP. En particular, de su contacto con los cultores del espiritismo popular resultaron los trabajos: *El Jefe, Gregorio Camacho* (1985), *María Lionza, su entidad, su culto y la cosmovisión anexa* (UCV, 1995), y *El mundo de Gregorio Camacho, espiritista yaracuyano* (UCAB-ITER, 2002). También publicó algunos textos escolares de *Dibujo Técnico* (Ed. CO-BO) y algunos trabajos de difusión científica, en particular: *El Ávila, Biografía de una Montaña* (Monteávila Ed., 1998).

**Key words:** area codes, composition, derivation, antonyms, primitive words, derived words, linguistic economy, diachronic, cultism.

El poeta Hölderling dice que la misión del hombre sobre la tierra es la de poner nombre a las cosas. Esto suena a lo que se lee en el Génesis, donde Dios hizo desfilar todos los animales delante de Adán, para que les pusiera nombre, “y el nombre que les pusiera Adán a cada ser viviente, ese sería su nombre”. (Gén. 2, 19)

Aunque no sabemos en qué lengua Adán puso nombre a todos los seres vivos, una cosa sí podemos afirmar: cada designación fonética (palabra) correspondía a un elemento que existía en la naturaleza; pero, además, cada palabra que usaba Adán para referirse a los animales que habían desfilado delante de él –y seguramente también a las cosas que integraban el mundo en que Adán y Eva vivían- suscitaba en sus mentes una imagen o idea del animal o elemento al que habían puesto nombre.

Pasaron los siglos y los milenios, se formaron distintos grupos familiares que fueron separándose, y el inicial caudal léxico “adamítico” se fue modificando y “babelizando”, a la vez que cada grupo incorporaba nuevos términos para designar elementos del mundo físico y relaciones que se creaban dinámicamente dentro de cada conglomerado humano. Sin embargo, podemos dar por buena la afirmación de Aristóteles: *Nihil est in mente quod non fuerit<sup>1</sup> in sénsibus*, Nada hay en la mente que no haya estado en los sentidos. En otras palabras, los sentidos del cuerpo –vista, oído, gusto, olfato, tacto- fueron los vehículos a través de los cuales la humanidad primitiva fue incorporando a su mundo mental las imágenes de las cosas y sensaciones que percibía con sus sentidos, para luego “ponerles un nombre”, de manera tal que las imágenes mentales correspondieran a las realidades físicas, y viceversa, es decir, que existiera mutua correspondencia en las relaciones idea-palabra, palabra-idea.

Desde luego, en las designaciones de animales jugó un papel muy importante la onomatopeya, como cada día se aprecia en el lenguaje de los niños (mamá, papá, guau-guau, miau...); y en boca de los adultos unas voces para nombrar aves, como: chirulí, chicuaco, piarro, querre-querre, etc.

Pasaron los siglos y los milenios, y los primitivos cazadores y recolectores,

---

<sup>1</sup> En el entendido de que algunos lectores pueden no estar bien familiarizados con la pronunciación del latín, aquí acentuaremos las palabras latinas según las normas ortográficas castellanas.

a través del análisis de los elementos de su ambiente y las asociaciones que acertada o erróneamente establecían entre unos y otros, fueron creando ideas nuevas como en el Popol Vuh: “hombres de palo” y “hombres de maíz”, es decir: hombres recolectores, que se alimentaban con los frutos de los árboles silvestres, y hombres agricultores, que se alimentaban de la producción agrícola, dentro de la cual el maíz constituía el elemento dominante.

O bien la observación del firmamento, la suprema “diversión” de esos pueblos primitivos pastores y agricultores, los indujo a transferir a secciones del cielo nocturno unas palabras ya usadas para designar elementos terrestres, como: Leo, Scorpio, Piscis, Aries, Taurus, etc. Esta circunstancia, de paso, revela otra tendencia lingüística, como es la de la economía; gracias a ella, un mismo término, en circunstancias diferentes, puede expresar ideas distintas.

Sin embargo, es un hecho que lo que más contribuyó a enriquecer el lenguaje humano fue la actividad del *Homo fáber*, que obligó a crear cada vez más términos nuevos, o reciclar con un significado remozado, vocablos ya caídos en desuso, para poder designar instrumentos, objetos, funciones y relaciones antes desconocidas o inexistentes.

A medida que el caudal de ideas iba aumentando, con el consiguiente número de palabras que almacenar en la memoria, se halló muy eficaz el sistema de expresar conceptos contrarios negando uno ya conocido (útil-inútil; leal-desleal...). Este procedimiento, ciertamente muy antiguo, ya que se observa en todas las lenguas indoeuropeas (Ernout, 1934; Sihler, 1995), permite aumentar el caudal de ideas sin agobiar la memoria con la incorporación continua de términos distintos. Desde luego, aquí estamos ante otra ley lingüística, como es la tendencia a la economía y al menor esfuerzo. Esto, por lo demás, supone la aplicación obvia de la capacidad de raciocinio, que permita entender que algo es lo contrario de otra cosa ya conocida y para la cual la lengua ya posee un vocablo adecuado.

Como consecuencia, en la lengua aparecen dos tipos de palabras: las primitivas, que designan los diversos aspectos del mundo o de las relaciones humanas, y las derivadas, que se crean por alguna asociación con las palabras primitivas ya conocidas.

Dentro de las palabras derivadas,<sup>2</sup> para el presente artículo nos

---

<sup>2</sup> Tanto Andrés Bello, como la Real Academia de la Lengua, en sus respectivas Gramáticas,

centraremos en las parejas que indican positivo-negativo, no en la lengua en general, sino concretamente en castellano, y por reflujo haremos alguna referencia al latín y al griego, dos lenguas clásicas que aportaron el vocabulario fundamental de nuestro idioma, y sólo a partir de las cuales se pueden explicar muchas características léxicas del español.<sup>3</sup>

Concretándonos al aspecto formal, vemos que hay palabras primarias o “positivas”, que expresan realidades o conceptos, como: prudencia, lealtad, belleza, amor, sabor, mientras otras derivadas son estructuralmente “negativas”, como: im-prudencia, sin-sabor.

Esta dicotomía, sin embargo, dista mucho de ser la norma. Al contrario, en boca del pueblo su uso es muy limitado; en cambio, es en la lengua escrita y culta donde esta tendencia formativa se desarrolló hasta el infinito. A veces a ello obligan las formalidades sociales o legales. Por ejemplo, en el ambiente político moderno, más bien que rechazar la acusación de alguien como “falsa”, se preferirá definirla como “in-cierta” o “in-fundada”. Igualmente, el relativismo moral influenciado por el conductivismo moderno exigirá que se desechen los juicios absolutos de “bueno” - “malo”, y en su lugar se preferirá definir el comportamiento de una persona como “correcto” o “incorrecto”, “adecuado” o “inadecuado”, “aceptable” o “inaceptable”.

Como el caudal léxico mayoritario del castellano es de ascendencia latina, fácilmente apreciamos que esta lengua nos legó su sistema de formación de conceptos negativos a través de distintos prefijos, como *in-*, *de-*, *e(x)-*, *ne-*, *sin-*, que todavía se reconocen en castellano, como en los términos: in-trépido,<sup>4</sup> im-placable, i-lícito, ir-regular, des-hacer, de-velar, de-mente, de-forme.<sup>5</sup>

---

consideran como compuestas las palabras formadas con prefijos, como las que consideraremos a continuación. Rafael Seco, en cambio, (1975) las trata como derivadas, y reserva el término de “compuestas” para las palabras que “resultan de la unión más o menos íntima de dos palabras sencillas o simples”, como serían: aguardiente, sordomudo, ciempiés, etc. En este trabajo seguimos la posición de Rafael Seco.

<sup>3</sup> Nuestro enfoque, pues, será de tipo lexicológico en diacronía.

<sup>4</sup> Del latín *in-trépidus*, opuesto de *trépidus*, temeroso. En criollo tenemos la forma “intrépito”, des-inhibido, posiblemente del mismo origen.

<sup>5</sup> *Deforme* (de-formis) no es sinónimo de “informe”, sino de *feo*. Esto se debe a que la palabra original latina, *forma*, de la cual procede, en esa lengua, además de “forma”, significa “hermosura”, y de ella derivaba el adjetivo *formosus*, hermoso. De paso, este es el origen del nombre que los navegantes portugueses renacentistas le dieron a la isla de *Formosa* (Hermosa), la moderna Tai-wan.

Otros vocablos, aunque del mismo origen, llegaron al castellano algo desfigurados, como: enemigo (*in-amicus*), enemistad (*in-amicitia*), enfermo (*in-firmus*), desanimado y desalmado (*\*de-animatus*), desdentado (*e-dentatus*), inepto (*in-eptus*, por *in-aptus*), imberbe (*in-berbis*, por *in-barba*), ignorante (*in-gnorans* o *in-gnarus*, no conocedor), encinta (*in-cincta*, no ceñida). En todos los ejemplos dados fácilmente comprenderemos que tienen sentido negativo, menos el último, que difícilmente un hispanohablante promedio sentirá como equivalente a *des-ceñida*.

Por otra parte, a veces no es muy evidente que una voz castellana sea una palabra negativa derivada, si no llegó a nuestro idioma también el equivalente elemento latino primitivo. Tal cosa sucede, por ejemplo, con: in-sulso (*in-sulsus*, opuesto de *salsus*, salado), in-mundo (*in-mundus*, opuesto de *mundus*, limpio), in-cógnito (*in-cógnitus*, opuesto de *cógnitus*, conocido), im-pertérrito (*in-pertérritus*, opuesto de *pertérritus*, muy asustado), ne-fasto (*ne-fastus*, triste, opuesto de *fastus*, festivo). Por lo mismo, no veremos la razón de por qué *incluir* y *excluir* son opuestos, porque no llegó al castellano el verbo latino básico del cual proceden, es decir, *cláudere*, cerrar. Entonces, in-cluir (*in-clúdere*, cerrar adentro, en-cerrar), contrario de ex-cluir (*ex-clúdere*, cerrar, y dejar afuera).

El mismo caso se da con *eliminar* y *exagerar*. En cuanto al primero, falta en castellano la palabra latina primitiva, *limen*, umbral de la puerta. Entonces, e-liminar (*e-liminare*) significa “sacar de la puerta” a alguien o algo que impide la entrada. En cuanto a lo segundo, falta en nuestro idioma la palabra *ágger*, terraplén, un talud de tierra con estacada protectora que rodeaba los campamentos romanos. Cuando los enemigos atacaban, se defendía el campamento desde adentro; pero podía suceder que fuese más prudente adelantarse al terraplén para defender el campamento desde afuera, o *ex-aggerate*, es decir, “exageradamente”, como era la circunstancia de que, en lugar de luchar protegidos por el terraplén, se luchara para defender el terraplén, lo cual a todas luces parece una exageración.

Antes de proseguir, destacamos que no siempre los prefijos *in-*, *e(x)-*, *de-* en latín tienen sentido negativo. Al contrario, muchas veces intensifican el sentido de la palabra primaria de donde se originan, como fácilmente apreciamos en: in-tenso (*in-tensus*, más tenso), in-signe (*in-signis*)<sup>6</sup>, in-fatuado (*\*in-fatuus*,

<sup>6</sup> Señalado, sobresaliente, de *signum*, signo, seña, señal.

vacío por dentro), *ex-celso* (*ex-celsus*, elevado desde abajo), *ex-altar* (*ex-altare*, llevar a lo alto), *de-clamar* (*de-clamare*, clamar en voz alta).

En particular, el prefijo latino *in-*, a veces en lugar de ser una partícula negativa, puede ser la preposición latina *in*, en, o parte de sus derivados (*intus*, *intra*, *inter*), cuyos matices semánticos van desde *en* y *dentro*, hasta *hacia*, *contra* y *entre*. Esto salta a la vista en los ejemplos que siguen: *inte-ligente* (*intélligens*, de *intus-legens*, que lee dentro), *in-tuición* (*in-tuitio*, mirada interior), *in-citar* (*in-citare*, estimular a), *in-nato* (*in-natus*, dentro de uno al nacer), *in-sulto* (*in-sultus*, salto contra), *en-tender* (*in-téndere*, tender hacia adelante), *en-amorar* (*\*in-amorare*, introducir en el amor); *intra-venoso* (dentro de las venas), *inter-ponerse* (ponerse entre), *entre-lazar* (enlazar entre), *entre-metido* (metido entre).

Tampoco el prefijo *e(x)-* es siempre negativo, ya que puede ser la preposición latina *e(x)*, con el sentido de procedencia de dentro hacia fuera.<sup>7</sup> Ejemplos: *éx-ito* (*éx-itus*, vía de salida, salida), *ex-traer* (*ex-tráhere*, sacar afuera), *ex-poner* (*ex-pónere*, poner afuera), *ex-citar* (*ex-citare*, estimular a sacar afuera), y particularmente *e-ducar* (*e-ducare*, conducir afuera), según el concepto educativo de Sócrates, para quien el individuo nace “ya sabido”, y la labor del educador consiste en ayudar al educando a tomar conciencia de la verdad, o saber innato que lleva dentro de sí.

Además del mayoritario acervo léxico de origen latino, un notable caudal de palabras castellanas es de origen griego. En ese idioma el prefijo negativo más importante es  $\alpha^*$ - ( $\alpha v$ -) (alfa privativa), que en esa lengua cumple exactamente la función que desempeña en latín el prefijo *in-*, como sucede en: *á-tomo* (in-divisible), *a-fónico* (sin voz), *a-pátrida* (sin patria), *an-árquico* (sin gobierno), *a-gnóstico* (que no sabe), *a-céfalo* (sin cabeza), *a-búllico* (sin voluntad), *an-émico* (sin sangre).

Una vez más sin embargo, debemos señalar que no toda palabra castellana que comience en *a-* tienen sentido negativo, ya que puede tratarse de palabras simples que comienzan con *a* (agua, árbol, ánimo), o pueden ser palabras de

---

<sup>7</sup> Esta preposición es análoga a la equivalente griega  $\epsilon\kappa$  ( $\epsilon\zeta$ ), desde. Ej.: *éx-odo*, camino de salida, salida. En castellano *ex-* también se emplea para designar personas que estuvieron en una situación distinta de la actual, como: *ex-presidente*, *ex-embajador*, *ex-cónsul*. Distingase, sin embargo, entre *ex-preso* y *expreso* (*expressus*, exprimido), término éste con el cual se designa un autobús, etc., que es “exprimido” para que corra más.

origen latino, en cuya lengua existía la preposición *ad*, a, hacia, que también podía aparecer en la formación de palabras derivadas. Ejemplos: a-tento (*ad-tentus*, tendido hacia), a-saltar (*ad-saltare*, saltar hacia), ad-ulto (*ad-ultus*, por *ad-altus*, crecido).<sup>8</sup>

Otro prefijo castellano de este grupo es *dis-* (a veces modificado como *des-*) que puede hallarse en palabras derivadas del latín, como *dis-traer* (*dis-trahere*), *dis-poner* (*dis-pónere*), *dis-tribuir* (*dis-tribúere*), con el sentido general de separación, apertura o distensión, pero también, y por consiguiente, de oposición, como en: *des-lealtad*, *des-amor*, *di-fícil* (*dif-ficilis*, por *dis-fácilis*, no fácil), *disímil* (*dis-símilis*, no semejante), al contrario de términos como: *contraer*, *com-poner*, *con-tribuir*, donde la idea básica es de unión y contracción. Sin embargo, este prefijo también puede derivarse del griego *δυσ-*, con sentido de maldad, dificultad, negación o privación. Esto es evidente en voces del lenguaje médico, como: *dis-función*, *dis-trofia*. En el primer caso, tenemos un vocablo de formación híbrida, ya que *función* es una palabra de origen latino (*functio*); en cambio, la segunda está formada sobre el término griego τροφή, alimento, de modo que *distrofia* significa: falta o deficiencia de alimentación, que sería una fase anterior a la *a-trofia*, o inutilización por falta completa de alimentación. Otra palabra híbrida que se remonta a los albores de la lengua es *des-tete*, cuyo elemento significativo básico es el griego *πῆθος*, pezón, pecho.

Desde la infancia del idioma nos llegaron también voces como: *des-ventura* y *des-astre*. El primero, una vez más, es un híbrido de latín y griego, y es sinónimo de “mala ventura”, mientras el segundo procede del griego *δυσ-αστρον*, “mala estrella”, en el entendido de que las calamidades que suceden en la tierra son provocadas por alguna influencia astral negativa.

Aquí también debemos señalar que no toda palabra que comienza en *dis-* es negativa, ya que, al contrario, puede tratarse de una palabra simple, como: *discípulo* (*discípulus*, aprendiz), y *disciplina* (*disciplina*, aprendizaje), ambas voces derivadas de *discere*, aprender.

Una oposición interesante, tanto en latín como en castellano, se produce entre ocio (*otium*) y negocio (*negotium*, es decir: *nego otium*, niego el ocio), donde al elemento primitivo (ocio) se le da una connotación positiva, mientras

---

<sup>8</sup> Un lote importante de palabras castellanas son de origen árabe y comienzan en *al*, que es el artículo en esa lengua (alcalde, alcabala, alcantarilla, albañil, etc.)

su contrario (negocio) la tiene negativa. La razón evidenciada por la realidad lingüística parece ser que los latinos sentían -y sentimos- como positivo, no el trabajar, sino el “darse buena vida”, ya que “el trabajo lo hizo Dios como castigo”, como se proclama en un conocido merengue.

Otro elemento que el latín utilizaba para formar palabras negativas era la preposición *sine* (sin), que se mantiene en adjetivos como simple (*sin-plex*, es decir, sin pliegues), y sin-cero (*sin-cerus*, sin cera), equivalente al griego  $\alpha\text{-}\kappa\epsilon\rho\alpha\iota\omicron\varsigma$ , \*con el mismo significado. Según una teoría, el origen de esta palabra se debe a que ciertos escultores, cuando cometían un error en el cincelado de una estatua de mármol, solían disimularlo con una mezcla de polvo de mármol y cera. Entonces, estatua “sin cera” era equivalente a estatua hecha “sin engaños”.

También en castellano pervive la preposición *sin* para formar palabras antitéticas, como serían: sin-sabor, sin-fin, sin-sentido, sin-número. Entre estas destacamos “sinvergüenza”, que se presta para burlas, como: “¡Coma sin vergüenza!”, es decir, sin pena, muy distinto de “¡Coma, sinvergüenza!”, es decir, desvergonzado. Aprovechando el seseo general del castellano en América, se hace aquí un juego de palabras también entre *cincuenta* (50) y *sin-cuenta* (in-numerable), como cuando se nos afirma, y con razón, que “en el cielo hay *sincuenta* estrellas”.<sup>9</sup>

Sin embargo, esta distinción entre formas lingüísticas positivas (primarias) y negativas (derivadas) no es siempre lógica ni uniforme, ya que muchos conceptos contrarios a otros también se expresan en forma positiva, como en los pares: amor-odio, hermosura-fealdad, generosidad-avaricia. Esto nos indica que los hablantes originales del idioma procedían sin pretensiones críticas acerca del valor moral, ontológico o social de lo que designaban, y simplemente se conformaban con mencionar con un nombre distintivo los elementos físicos o los aspectos anímicos del mundo de su experiencia.

De esto se dieron cuenta los filósofos, y S. Anselmo, en particular, discute tres parejas de opuestos, como son: bien-mal, algo-nada, vista-ceguera.<sup>10</sup>

---

<sup>9</sup>Una vez más debemos advertir que muchas palabras castellanas que comienzan con *sin-* no son de origen latino, sino que proceden del griego, donde ese prefijo es la preposición,  $\sigma\upsilon\nu$ , con, de lo cual resulta que su sentido no es negativo, sino inclusivo. Ejemplos: síntesis (colocar juntos), sinergia (esfuerzo conjunto), sinfonía (sonidos conjuntos), sintaxis (ordenar en conjunto), símbolo (anillo de compromiso, encuentro, etc.), sínodo (encuentro de caminos, reunión).

<sup>10</sup>De casu diaboli., XI y XII.

Partiendo del principio de que todo lo que existe es ontológicamente bueno, observa que en latín, lo contrario de *bonum* no es “in-bonum” (como en cambio lo contrario de *iustitia* es *in-iustitia*), sino *malum*, lo cual revela que en ese idioma formalmente no consta que uno de estos conceptos fuese sentido como contrario al otro, sino que se aceptaban ambos como realidades primarias de la experiencia humana. En otras palabras, según la lengua latina –y en castellano–, el bien y el mal se aceptan como entidades reales, ya que ambos conceptos se designan con palabras primitivas, sin importar que ciertos filósofos digan que el mal ontológicamente no existe.

Lo mismo se planteaba entre visión (*visio*) y ceguera (*caecitas*), donde la última palabra, al expresar ausencia de visión, en realidad designa como positivo algo que no existe; mientras esta oposición sí se aprecia entre los adjetivos: visible (*visibilis*) e invisible (*in-visibilis*), de origen culto, y en los afectados pares modernos: *vidente* e *in-vidente*.

Más violento es el contraste entre algo (*aliquid*) y nada (*nihil*, no “non-aliquid”, no-algo), donde ambos elementos, por ser primarios, designan realidades que los hablantes sentían como existentes, cuando está claro que el segundo “no expresa nada” o, como dice S. Anselmo, la única realidad de la nada es el vocablo “vacío de contenido” con el que se designa. Esto sucedía también en griego entre  $\tau\iota$ , algo, y  $\text{o}\ddot{\upsilon}\delta\epsilon\nu$ , nada, dos términos que no satisfacían a los filósofos, que para sus exposiciones hablaban del *ser* o los *entes* ( $\tau\alpha\ \text{o}\nu\tau\alpha$ ), al que oponían el *no-ser* o *no-entes* ( $\mu\eta\ \text{o}\nu\tau\alpha$ ).

Por otra parte, aplicando el principio lógico de que dos negaciones afirman, en latín se podía decir *non-nullus*, como sinónimo de *aliquis*, alguien, y *neque* (ni-ni), para decir *et* (y). Este principio no vale en castellano, donde, por ejemplo, “No vi a *nadie*” no es sinónimo, sino lo contrario de “Vi a alguien”. De todos modos, es interesante observar que en nuestro idioma tenemos también *nonada*, formalmente análogo al latín *nonnihil* (*non-nihil*, no-nada, algo), pero con el sentido más bien despectivo de “algo muy pequeño o insignificante”.

## Conclusión

El idioma castellano surgió en boca del pueblo rústico y campesino, y aunque su léxico básico es latino con muchos aportes griegos, también hicieron su contribución diferentes idiomas hablados por los distintos grupos humanos que se asentaron en la península ibérica a lo largo de muchos siglos. Sin embargo,

a partir del año 1000, con la aparición de las universidades, donde tanto profesores como estudiantes hablaban latín, y gracias a la labor persistente de los escritores cultos con el pasar de los siglos, se incorporaron a la lengua común muchísimas palabras latinas antes desusadas, y en general más parecidas a las originales que las voces latinas que llegaron al castellano a través del habla popular. Entre otras cosas, eso provocó la aparición en castellano de muchos pares de palabras de origen latino, unas que se formaron al pasar de boca en boca a lo largo del tiempo, mientras otras fueron introducidas posteriormente por obra de autores educados (como: honra-honor, obrero-operario, pellejo-película, velar-vigilar, etc.), y por tanto se llaman *cultismos*. En particular llama la atención que muchos adjetivos no se formaron a partir de sustantivos castellanos, sino calcándolos directamente sobre los equivalentes latinos (como: pectoral, áureo, ocular, ígneo, lacrimógeno). Además, la ciencia y la tecnología modernas siguen acudiendo al latín y al griego, cuando no al inglés, o bien crea vocablos “industriales”, para expresar hechos, funciones y realidades nuevas.

Aún así, al analizar los aspectos léxicos formales de las palabras españolas, podemos deducir que en su mayoría fueron creadas con el sentido pragmático de designar cosas o conceptos, pero sin atender a coherentes criterios lógicos. En efecto, a veces palabras de significado opuesto se designan ambas con términos primitivos, y otras veces se dan como primarios y existentes unos conceptos negativos, que se refieren a entidades que los filósofos declaran inexistentes.

Tal vez algún día, cuando la mayor parte de la humanidad esté bien familiarizada con la tecnología y el sistema binario de las computadoras, logre crear un lenguaje “a su nivel”, del tipo que presenta Orwell en su novela-parábola *1984*, dominado por la lógica y la racionalidad. En lugar de la oposición bueno-malo, imponer: bueno-nobueno, junto con la eliminación de toda la anárquica serie de grados, sinónimos y antónimos (mejor, óptimo, excelente, extraordinario, espléndido; peor, pésimo...) que quedarían simplemente reemplazados por voces de neolengua como: *plusbueno*, *dobleplusbueno* y *plusmalo*, *dobleplusmalo...*, cuyo significado es evidente y no requiere mayor esfuerzo mental para ser comprendido. Advértase, sin embargo, que esto en la mencionada novela se da en el contexto de un régimen político totalitario, cuya expresa intención es la de dominar al pueblo a través del lenguaje, que se procura reducir a su mínima expresión, para “limitar el alcance del pensamiento y estrechar el radio de acción de la mente”, a fin de que al final sea imposible, no digamos la rebeldía, pero ni siquiera la más mínima desviación mental de la ortodoxia

impuesta por el Partido único del Gran Hermano.<sup>11</sup>

Por de pronto, el lenguaje humano, y el castellano en particular, sigue revelando la mentalidad popular y rústica que lo originó. Baste pensar, por ejemplo, que varios siglos después de Galileo, todavía decimos sin el menor escrúpulo, que “Ya salió el sol”, o “Ya se puso el sol”, expresando lingüísticamente una concepción del universo que no difiere de la que tenían los hombres de la edad de la piedra. Igualmente decimos “¡Cuidado con que te pique una culebra!”, a pesar de las protestas de los ofidiólogos, quienes aseguran que las culebras no *pican*, sino que *muerden*.

Como ya lo percibieron los estudiosos de la lengua, la verdad es que al final el uso de la mayoría se impone. Por de pronto, el lenguaje sigue revelando mayoritariamente la mentalidad popular que lo originó, y su visión del mundo y de la vida. Al respecto, llama la atención que a partir de las relaciones humanas básicas expresadas en los pares de voces *marido* y *mujer*, y *padre* e *hijo*, el castellano tiene el término “viudo/a”, para referirse al miembro de una pareja que perdió al otro cónyuge por muerte; y tiene el vocablo “huérfano/a”, para designar al hijo que perdió a uno o a ambos padres, pero carece de un vocablo para designar al padre o a la madre que perdió a su hijo. La razón es, como decía un amigo poeta, que no hay palabra que pueda expresar adecuadamente el dolor de un padre o de una madre que pierde a su hijo: una realidad humana que la lengua prefiere acompañar con un respetuoso silencio.

## Bibliografía

- ANSELMO, San. *De casu diaboli*, en: Obras Completas, Vol. I. Madrid, BAC, 1952.
- BELLO, Andrés. (*Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos*. Caracas, (1847). *Gramática*, Ministerio de Educación, 1972.
- ERNOUT, A. et Mellet, A. *Dictionnaire etymologique de la Langue Latine –histoire des mots–Paris* (1932), 4a ed., 1959.
- ORWELL, George. 1984. Sto. Domingo, Rep. Dominicana (como “1989”), 1984.

<sup>11</sup> Orwell, 1984, cap.V.

- REAL ACADEMIA DE LA LENGUA. *Esbozo de una Nueva Gramática de la Lengua Española*. Madrid, Espasa-Calpe, 1973.
- SECO, Rafael. *Manual de Gramática Española*. Madrid, Ed. Aguilar (1954) 1975.
- SIHLER, Andrew L. *Comparative grammar of Greek and Latin*. N.Y., Oxford University Press, 1995.